438- AUSENCIAS
Del gran relato, la muchacha de la cruz de oro

Audio y pdfs en descarga gratis de aquí: http://1drv.ms/1GbvpVl

Nunca hasta que un día, al comienzo del curso universitario, ante sus ojos apareció una muy hermosa joven. Justo en la calle Zafra que está casi en la misma puerta de la iglesia de San Pedro. Caminaba solitario y, conforme se iba acercando a esta calle, comenzó a oír sonidos de guitarra. Sonidos muy bellos de música clásica delicadamente interpretados. Prestó mucha atención y miraba con gran interés. Se encajó al comienzo de la calle y, de pronto, la vio. Una joven muchacha, de cara muy dulce, envuelta en un abrigo rojo y con el pelo recogido, sujetaba en sus manos la guitarra y tocaba con sentimiento y destreza. Se acercó a ella, la saludó y al preguntarle, muy amablemente la joven le dijo que era estudiante de Erasmus venida de Rusia.
- El año pasado estuve en Roma y este año, tengo una pequeña beca que me permite estudiar en la universidad de esta ciudad a lo largo de todo el curso.

Se alegró el hombre de haber visto a esta muchacha y se sintió animado porque percibía que parecía mostrar interés en ofrecer amistad. Por eso enseguida le confesó:
- Hace unos años, conocí yo a varias jóvenes universitarias del país de Rusia. Fueron personas muy amables conmigo y me dejaron un grato recuerdo cuando se marcharon. Desde aquellos días, tu país, ha pasado a ser importante en las cosas que me interesan.
- ¡Cuánto me alegro!
Dijo amablemente la joven.

Le regaló el hombre unas pequeñas monedas y un breve trabajo escrito por él y antes de despedirse, también le ofreció su correo electrónico y el número del móvil. Y con satisfacción, a la mañana siguiente, comprobó que esta joven le había escrito unas muy amables palabras. Le contestó y a partir de aquel día, compartió con esta muchacha paseos por Granada, frutos de su huerto, fotos por la Alhambra y otros lugares cercanos. Y de todos estos encuentros, fue naciendo una muy bonita y honesta amistad. Al terminar el curso, la joven se marchó a su país. Sintió él mucho su ausencia y dio gracias al cielo, una y otra vez, por haberle permitido conocer a tan amable y bella joven. A partir del día en que ella se fue de esta ciudad, cada vez que el hombre de la mochila pasa por la Carrera del Darro y se encuentra con la calle Zafra cerca de la iglesia de San Pedro, la recuerda y mira ilusionado con el deseo de verla en el mismo sitio que aquella primera tarde. No se le hace real este sueño pero nota que es emocionante para él seguir soñando para mantenerla viva en su corazón.

Tanto es emocionante y valioso para él el recuerdo de esta joven y este punto concreto de la calle Zafra, que una de las tardes que por este lugar ha pasado, no pudo reprimir sus sentimientos. Donde la vio sentada aquella primera tarde tocando la guitarra, justo sobre el frío pavimento, se sentó. De su bolsillo saca papel y bolígrafo y escribe el siguiente poema:

Ausencia:

Cada vez que ahora por el rincón paso,
resuenan en mis oídos las melodías
que arrancabas de la guitarra en aquel momento mágico.
Mi corazón te recuerda y se pone triste
y me restriego los ojos intentando
verte sentada en esta calle estrecha
jugando con las cuerdas de tu guitarra entre las manos.
Fuiste un sueño tan dulce
que hasta el aire por aquí se quedó impregnado
no solo de tu sonrisa y melodías
sino también del dolor que ahora en mi corazón tengo clavado.
Triste me pongo cada tarde frente a la Alhambra
cuando por aquí de nuevo camino despacio
y oigo los sonidos que interpretabas
y tú, como si mil siglos ya te hubieran sepultado.